alzarme contra los blancos. El dolor de Ayauhcíhuatzin no conmovió al guerrero, y arrancado de entre los mios fuí conducido en cautividad á las remotas regiones de tus compatriotas."

"A tanta costa era justo se descubriese al raptor de Juriata, ese tesoro escondido, como vosotros llamais la doctrina santa del DIOS INVISIBLE.

LIBRO NOVENO.

El hijo de Ayauhcíhuatl, que así narrára la pasada lucha de su espíritu, á la que fué entregado, queriéndolo el cielo, para que al fin llegase á ser un animoso servidor de Jesus, ignoraba cómo tantos trabajos son necesarios para acrisolar á los elegidos que han de servir á los designios misericordiosos del Rey Eterno; el sacrificio del Texcocano y el de Papantzin, que en el cielo en esos dias ocupaba á los inmortales, sería acepto á los ojos de Jehováh y haria salvos á muchos; mas entre todos ¡admirable piedad del Altísimo! á la infortunada Juriata. Estaba, empero, dispuesto ya por Dios descubrir algo de esos arcanos á su siervo Valencia, queriendo así remunerar al apóstol sus generosas ánsias por la salud de la nueva gente.

¡Musa de Sion y de Pátmos, hermana de los ángeles! tú que conoces los caminos que llevan á esas regiones donde viven el rayo y el relámpago, donde están los abismos de los espacios y de la luz, y los tesoros de la vida y de la dicha, vén y me llena de inspiracion celeste, de aquella con que me dés á conocer las profundidades de lo Infinito; y así al alma se descubra esa gloria que no ven ojos carnales y luzca nuevo firmamento á la mirada del espíritu: ¡Fuese no mi palabra sino la tuya la que narrara las delicias de lo invisible, y entonase los himnos del venturoso pueblo y el triunfo de los dos hijos de Anáhuac! Tú guardas la memoria de aquellos sucesos que han pasado á vista de las felices muchedumbres y ante el trono del Santo; y si tu luz me llena el alma, ¡quién me dará narrar como me inspiras!

Está la gloria de Jehováh y su cielo ocupando todos los espacios y ámbitos imaginables. Es su reino vastísimo y sin límites, son sus pobladores innumerables, y es una ventura sin medida la luz increada que alumbra esas regiones y el ambiente que se respira en ellas. Luce nuestro universo con todos sus mundos dentro de ese otro, como una pequeña parte de sus grandezas, y están el Sol y esa multitud de las estrellas flotando como antorchas dentro de aquel Templo inmensurable, fundado por el Omnipotente, al parecer de roca cristalina, cuyos tamaños los más sublimes espíritus jamás acabarán de imaginar, y que todavía, dicen, no es bastante á la

grandeza de Jehováh el tremendo. Los pobladores de esas mansiones van en legiones cada vez que quieren y emprenden el vuelo á lo largo de las enormes y rectas columnas de ese templo, (que son doce en toda la extension inconcebible) á hacer el viaje del Infinito, que así le llaman, por descubrir, unas veces, los desconocidos cimientos, y otras, los arquitrabes y las bóvedas del Santuario que las columnas sostienen; cada vez avanzan más, pero nunca tocarán el término: en cada viaje vuelven más sorprendidos, porque algun experto arcángel que el Eterno hace salir al encuentro de la fatigada muchedumbre, les dice rebosando delicias:

"¡O profundidad de abismos! ¡O elevacion de alturas! ¿Cuándo llegaréis al suelo que buscais acá abajo, ó á las bóvedas allá arriba, si el pavimento y las alturas son el prodigio del Templo del Infinito? Si nó es delante del Trono y con la vision de Dios ¿cómo columbrar esos abismos?"

Entónces los celestes no sé cómo más dichosos por la fatiga de su viaje,—"Volvamos—se dicen—al Trono de Jehováh á satisfacer allí el frustrado deseo del misterio;"—y la muchedumdre queda absorta, porque la luz eterna los sobrecoge, y transportados se hallan, de súbito, sin saber cómo, delante de Jehováh.

En medio del espacio vastísimo que decoran esas doce columnas en figura cuadrangular, enfiladas de tres en tres por cada rumbo del Infinito, á inmensurable distan-

cia una de otra, está el centro de todos los mundos visibles é invisibles; allí se alza el trono de Dios vivo, en donde solemnemente deja descubrir su majestad. Es el Trono como un átrio anchuroso de diamante, semejante al del templo de Salomon, con lucientes é innumerables graderías en cuatro escalas que ven á los cuatro rumbos del horizonte, y es como la cumbre de la Montaña santa, cuyas vertientes van descendiendo hasta perderse en aquel suelo desconocido á donde hacen viaje en vano los ángeles todos los dias. Una gran parte del horizonte lo forma el antiguo verdadero oceano, cuyos límites no serán tampoco descubiertos, porque ese oceano se dilata y se pierde hasta confundirse con aquellos cimientos siempre ignorados en donde reposan las columnas del cielo. Solo alguna de las cuatro columnas ménos remotas del Trono se puede ver, despues de largo viaje, cómo sale de las ondas, que al azotar el durísimo cristal (si así puede llamarse la materia de que está formada) hacen un estruendo que aterroriza. Mas si se desciende del átrio diamantino por cualquiera de sus cuatro escalas, comienzan las selvas y las llanuras y los collados de las felices regiones; allí se alza el cedro verdadero del Líbano de una altura que asombra, y el ciprés celebrado del monte Sion, y crecen la azucena de Samaria y las rosas místicas de Saron; allí mugen cataratas despeñándose de alturas enormes, y hay sombras y espesura más misteriosas aún que las de nuestros bos-

ques á la media noche, á la luz apacible de la luna en la estacion calurosa; hay desiertos como el de Zahara ó el de Sinaí para gozar de la soledad y adonde van, si quieren, los que aman el sublime; y hay alturas como las de Himalaya, desde donde se abarca el horizonte de la Eternidad y aquellas florestas que nunca se marchitan y aquellos bosques que al atravesarlos se pasarian años enteros.

Cuando el hombre acá en la Tierra, en solitaria meditacion, eleva sus ojos al estrellado firmamento, ó perdido en las selvas embelesan su oido armoniosos rumores ó le halaga el fresco de brisa olorosa, ó ya en pié sobre la cumbre de una montaña se ofrecen á sus ojos magníficos horizontes, su deseo antiguo de amor y ventura le agita más, y honda tristeza sigue á la pasajera ilusion; no así para los que allá buscan el melancólico solaz en la quietud del valle ó de la montaña; pórque al punto que viene la tristeza los espíritus alzan el vuelo, y más veloces que la luz llegan de súbito al trono donde Jehováh se deja ver.

Así es como innumerables muchedumbres acuden sin cesár de todas partes á saciar el deseo de ventura, ya procedan de los desiertos ó del oceano, ya vengan de hacer el viaje del Infinito á lo largo de las columnas, ó ya desciendan de los astros ó de los espacios inmensos donde muchos tienen su mansion apetecida.

¡Quién pudiera decir ese concurso de millones y millones de variados espíritus que se allega al trono de Dios vivo á tales horas! ¡Quién, la color de su tez como de perlas y alabastro! ¡Quién, el brillar de esos ojos que parece un firmamento de estrellas flotantes, y la serenidad que posa en las frentes de aquellos afortunados! Los lirios del campo no se visten con tan régio esplendor, ni el perfume de una vega de azucenas entrega á las auras más blanda delicia. Cuando el viento del mediodía en los desiertos de Seir, pone en marcha el incalculable ejército de palomas, atónito el moabita contempla aquellas bandadas que todo lo llenan: los campos se cubren, el cielo se anubla oscureciendo el sol, y los horizontes se pierden, porque la fecunda generacion de esas mansas aves tanta es como las arenas de la playa y las hojas de la selva; así las turbas de los inmortales: los que descienden de las alturas cierran los cielos como una borrasca y los que ascienden de los bosques y desiertos cubren las innumerables gradas del trono de Jehováh. Así se veian las del templo de Sion cuando las doce tríbus subian á adorar á ese Dios mismo, con toda la fé de sus almas, despues de haber pasado dias felices bajo de los granados, las higueras y las viñas.

Desplegadas en órden majestuoso se distinguen las legiones angélicas y las de los humanos. Brilla entre las primeras el gran Príncipe Miguel. Creeríase descubrir en sus ojos el rayo de Dios, y en su aspecto nobilísimo, pero no arrogante, se reconoce al vencedor del altivo Satán. Miguel desciende con las turbas angélicas de las más sublimes alturas, en donde se han gozado como las águilas bajo un cielo sereno en el tiempo del otoño. Estas legiones en que todos parecen príncipes, anublan los espacios y reverberan con fulgores como los del íris, y al batir de sus alas se levantan rumores más armoniosos que los de las brisas en los bosques de palmeros de las regiones africanas.

A la cabeza de otras angélicas muchedumbres resplandece el amable arcángel á quien se confió el memorable anúncio del amor del Padre á la Vírgen de Judá. Estas legiones jamás dejan de agolparse á cantar la gloria de María, que dió á luz al Verbo; los himnos que entonan jamás dejan de enternecer al Padre: su cólera se ha visto disiparse al solo prelúdio de tales cantos; esos ángeles lo saben, y así exclaman siempre:—"¡O Dios, qué mayor gloria para tu nombre que la hermosura de la Hija de David!"

Ordenados en coro los hijos de los hombres, tienen su delicia en celebrar fiestas en que se ven figurados el Verbo y la Vírgen Madre, con unos misterios que respiran espléndida sencillez. Esas figuras embelesan á las angélicas milicias, porque les recuerdan los designios del Padre con la humilde Mujer; y así, unas veces, al desbordarse las humanas legiones como un mar anchí-

simo al pié del Trono, si la Reina se encumbra para presentarse la primera á recibir al Verbo que desciende del cielo de los cielos, entónces las milicías que Gabriel y Miguel presiden, gustan de aumentar ese triunfo, y desplegándose en una inmensa banda cuyo centro es la Reina, trazan un arco-iris animado, de tan bellos colores, que las muchedumbres que de abajo observan, exclaman atónitas:—"¡O Noe, gózate con nosotros: hé aquí el íris que se te figuraba cuando las aguas del Diluvio se serenaban ante la sonrisa del Altísimo!"—Y muchos lloran enternecidos, de los que se ahogaron en aquellas aguas y fueron sálvos sus espíritus por no haber desesperado de la clemencia del hijo de aquella misteriosa mujer. Otras veces se celebra el triunfo de Esther sobre el magnífico Assuero y se glorifica al Padre por la caida de Amán, ó yá el triunfo de Judith sobre el soberbio Holofernes; y cuando los aplausos al Verbo y á María estremecen los cielos, allá muy léjos se oyen rugidos espantosos, porque Satán advertido reconoce al punto su ignominia.

Mas, una cosa sorprende cuando se mira al semblante de muchos que se mezclan entre los afortunados: amarga hiel llevan en el alma; porque en su mirar se observa un brillo siniestro, y en su boca fingida sonrisa, signo de un mal irremediable, y en su frente una altivez en que se muestra la depravacion y no sé qué furor y malestar atroz indescribible: en vano son sus

galas, si su mal no se cura jamás, y en vano que acudan con el ánsia de delicias, á ver si algo se les dá, porque su esperanza será engañada siempre. Esos son los réprobos. Su mayor desdicha es verse arrastrados á contemplar la gloria del Altísimo cuando todos los elegidos van á saciarse de ventura; y cuando ven que á ellos nada se dá, quisieran morir, y en su desesperacion piden ser soterrados debajo de los cimientos desconocidos; pero nada consiguen y tienen y tendrán siempre que presenciar la cólera de Dios, como algun cortesano el ceño del rey á quien cayó en desgracia, de cuya corte quisiera alejarse, mas á la que parece encadenado, ó como un amante que aún espera en sus repulsas conseguir un amor que bien conoce nunca logrará.

Esa pena fermenta en el ánimo de los infelices cuando tal vez se detienen á contemplar la prodigiosa grandeza y el ornato magnífico del Santuario del Eterno. Lucen allí nuestro Sol y nuestra Luna y esa multitud sin número de las estrellas, como lámparas que se pierden bajo la bóveda invisible, y muy léjos del Trono hace su giro al rededor del Sol nuestro pequeño globo. Lucen todos los astros de una manera admirable y con unos designios que aquí no comprendemos. En las noches dice Jehováh:—"Déjese á los mortales que vean algo de mi gloria,"—y entónces las estrellas y la Luna y los luceros, responden:—"Aquí estamos,"—y aparecen y brillan para la Tierra. Son tantos los millones de esas es-

trellas, tanta su luz y tan desmesurado su tamaño, que al contemplarlas á su diestra y siniestra los inmortales, se sienten desfallecer; pero ellos no desdeñan venir por las noches á la tierra para descansar, si así dijéramos, de la excesiva luz, y admirar cómo tantos mundos, vistos de léjos, son cual polvareda levantada á los piés de Jehováh el magnífico. De esos millones cada estrella es el símbolo de un elegido; tantas son en número cuantos los elegidos: desde el principio así ha poblado Dios su vasto reino de las figuras de sus predestinados.

El Hijo de Jehováh fué quien pidió á su Padre la creacion de los mundos; pero ni estos, ni el Trono, ni el Templo y sus columnas y su bóvedas y sus cimientos desconocidos, fueron dados á conocer á los ángeles, sino hasta el dia que el Altísimo les habló diciendo: "Habeis visto mi gloria y probado mis delicias; mas yo os digo, aun no la veis, ni son nada esas delicias: á la hora en que se os muestren los designios del Padre para glorificar al Verbo, veréis cuán bueno soy; porque yo quiero unirme á mis criaturas, y una será escogida para tan grande obra."—Esto dicho, los espíritus quedaron sobrecogidos de su propia belleza y de la del Altísimo, quien se les mostró como és, sobre el Trono magnífico y con el ornato de los mundos; y Satán pensó en su soberbia que toda gloria le era debida, y no pudo sufrir, mirando á la lejana y humilde Tierra, cómo se alzaba en emblemas una mujer, llena de tanta gracia cuanta

no tenian juntos los ángeles todos. El buen Dios habló á lo íntimo al ánimo del arcángel:—"humíllate; nada más se te exíge, pórque: ¡mira mi cólera!" (y en ese instante fué ilustrada la mente del réprobo para que conociese y evitase los abismos de la cólera de Dios.) Pero el soberbio en ese instante mismo aborreció al Altísimo, que es tan amable, y así acaeciendo á una muchedumbre innumerable de ingratos, se declaró ¡ó desdicha! una rebelion, á la entrada misma de la gloria del Padre, al pié del Trono diamantino, cuando apénas los astros iban saliendo de la nada, cuando apénas volaban los primeros perfumes de las florestas del Eden celeste, cuando apénas rompiera el silencio antiguo el primer concierto de la celeste música.

Invisible á esta tierra que habitamos y por el lado de la Osa, pasa una rectísima columna, para nosotros la más próxima de las doce del templo inmensurable y descubierto de Jehováh. Las legiones rebeldes, no sufriendo la gloria de María, se lanzaron sobre esa columna, como un oceano, y creyeron en su demencia desgajar la cristalina roca hechura de Dios, y conmover el Templo indestructible; pero el rayo del Padre, que entónces estalló la vez primera, hirió á Satán allí mismo y á cuantos le seguian. Aun quedan las huellas y se vé como estropeada y ennegrecida la columna en esa parte; señal que Jehováh no quiere sea borrada sino al fin de los tiempos.

Apénas, pues, llegados al pié del Trono, el Admirable se deja ver de los elegidos, cual si á través de oscura nube se descubriese un horizonte ilimitado de suave claridad como la de la aurora; y al mostrárseles así son tales las delicias que les embriagan, que no parece siempre sino que lo admiran por primera vez. En ese instante les sobrecoge como un vértigo y un transporte como ensueño, que no engaña, y se sienten arrebatados á un viaje infinito, y que llegan ¡ó sorpresa! y descubren esos abismos en donde están asentadas las columnas, á donde por sí solos nunca llegarian; y de allí volviendo á las Alturas, se hallan de súbito en la region sin límites de la eterna luz, oceano inmenso de claridad tan vivo como es la del rayo que ofusca los ojos á los mortales. Mas, engolfados en aquel oceano, no es ya luz, sino el embeleso de armonías inefables, la vida y la ventura eterna que allí reside; en vano se busca de qué rumbo vienen aquellos deliciosos acordes que llenan los cielos; y el gozo perenne que sobrecoge á los espíritus, semójase á las dulces ánsias de felicidad que siente el alma del jóven herido del primer amor, ó al gozo de una madre que recobra al hijo único á quien creía perdido para siempre. Mas la mortal ventura sombra es nomás de aquellos goces.

En esa hora que los afortunados entran por así decirlo en el horizonte infinito de la Divinidad, se maravillan de ver en medio de su vértigo que ya en su mente

caben todos los espacios, desde la Tierra á los más remotos luceros, de Arturo á la lejana Cruz, de ahí al Escorpion de vivos soles, de allí á los remotísimos de la Osa, y todavía de estos á otros mundos desconocidos, y se sorprenden más de que en tan distantes regiones una voz como la de Jehováh parece decirles:—"Aquí estoy."

Mas esos infinitos espacios á donde en aquel instante de descubrir á Dios entran los inmortales, y que aquí los humanos imaginamos vacíos, no lo están por cierto. Los hay inmensos en donde sin cesár se agitan las borrascas, y allí reinan para los que quieran las delicias del terror; allí el depósito de las grandezas del Dios de las tempestades: el Abrego y él Solano viven allí desde ántes de los siglos, y los huracanes que no conocen el sosiego: el rayo serpea siempre rompiendo negras nubes que se amontonan por todas partes, ni se sabe de donde vienen: allí el estruendo de las olas y el estremecimiento de las selvas visitadas del torbellino. Pero si las legiones ó uno solo de los celestes desea dejar esos terrores, súbito y no pasa un instante, son transportados sin saberlo á otros infinitos espacios; allí reina el silencio de la noche y se descubre un vasto firmamento de oscuro azul, con lejanos astros de brillo tan triste como el de los que observan los mortales; esa tristeza, empero, es otra suerte de felicidad: no es ya el Acuario, ni Casiopéa, ni Orion, ni la centellante Sirio, son otros mundos más lejanos y misteriosos los que allá centellean; y ¡cuánto es dulce en

esa eterna noche la salida de otra Luna que se alza llena de jamás conocidos horizontes, para templar la tristeza en aquellos desiertos cuando algun inmortal siente por un instante que esa tristeza le fatiga. Si el amor nace entónces en algun corazon, no será engañada la esperanza; que aquella sed de dicha y aquellas ánsias del espíritu no engañan en el cielo. ¡O Dios! tú sabes en donde mora esa *beldad* que amamos, y esa *sonrisa* que embelesa, y el *mirar* que enamora, y *la palabra* que consuela y el *suspiro* que enternece! Nada de esto permites á los inmortales que descubran á los humanos:—"¡sepan solo—dices—que todo es mio!"—Ellos, empero, á sí mismos, ó las muchedumbres entre sí, ó tal vez dos amigos (que allá reina tambien el generoso afecto,) se preguntan:—"¿Qué es esto? ¿No es esto Dios? ¡O ventura sin término! ¡O delicias del Santo de los Santos! ¿Cuándo podrá saciarnos el Infinito?"

Los afortunados se maravillan siempre, siempre, y no pueden saber cómo es que todos, por ignoradas sendas y despues de vagar dispersos ó en cohortes por tantos abismos, al fin son traidos á la entrada del cielo de los cielos. No son bastantes todas las nubes del firmamento que acuden presurosas de los lejanos rumbos, ni las muchedumbres de alados espíritus de caridad que llaman serafines, ni todo el humo fragante del incienso celeste, para templar el esplendor vivísimo de la Majestad: allí en esos abismos deslumbrantes se obra el misterio eterno,

y ¡ay! del que osára sin velar sus ojos, levantarlos á esa luz tremenda, porque moriria. Mas ya en el cielo de los cielos, es tanta la delicia y tanto el amor con que Jehováh se muestra á los afortunados, que no pudiendo más con el goce infinito,—"¡Déjanos morir!"—exclaman, y caen como si el éxtasis embargára sus ánimos, por el amor al Padre, al Hijo y la Espíritu. ¡O inefable misterio del Santo de los Santos!

Cuando en medio de los suntuosos espectáculos de Talía, ó bajo las bóvedas de una basílica, los acordes de cien músicos instrumentos producen el concierto de maravillosas armonías, y los ecos resuenan como sonorosos raudales de mugidora catarata, ó imitan los suspiros de las auras en la floresta, ó ya nos hacen creer que trinan los gilgueros entre los pinares y las quiebras de la montaña, ó ya nos embelesan como si muchos ruiseñores ensayasen cantares magníficos en solitario bosque á la luz del astro nocturno, algo presiente el alma de esa ventura. Agolpadas las muchedumbres que han acudido de los abismos y de las alturas, del Levante y Mediodía, del Aquilon y del Ocaso, claman con vehemencia, entre el asombro y el amor de sus corazones:—"¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!"—y no dicen más. No sabiendo, pues, cómo podrian vivir gozando tanta dicha, vuelven á sus mansiones, y ya de léjos óyese entre el rumor de sus conciertos: —"¡O ventura sin término! ¡O delicias del Santo de los Santos! ¿Cuándo podrá saciarnos el Infinito?;" y el

alimento que llevan en el alma les basta para muchos dias. De estos vió Juan el apóstol muchos millares del linaje de Israel, ordenados por cada tribu, de la de Judá hasta la de Benjamin; y en pós de cada una, la multitud de los gentiles que nadie puede contar, de todas las naciones y lenguas, revestidos de cándidas estolas y con palmas en sus manos, alabando así al Padre, á su su Verbo y al Paráclito.

Pero de tantos que así han acudido á beber la dicha al cielo de los cielos y que de allí vuelven á sus mansiones, admira ver á la *Hija de Jacob*: ella no quiere hacer los viajes del Infinito sino muy pocas veces, porque su amor al Padre, al Hijo y al Espíritu la tienen como absorta á la entrada de su gloria, y se la sorprende exclamando de cuando en cuando entre comprimidos suspiros de eterno reconocimiento:—"¡Cómo ha puesto la mira en la humilde sierva suya! ¡y ha hecho en mi favor cosas grandes y maravillosas el que es Todopoderoso y su nombre infinitamente Santo!" Ménos hermosa se mostraba Edisa en la presencia del magnífico Asirio interceciendo por los de su nacion. Las muchedumbres de los ángeles y de los humanos, sabiendo cuánto es acepta al Rey de los cielos:—"¡Hé aquí á la exenta de toda mancha!—exclaman—"¡O Dios, Ella te alabe á nombre de nosotros!"—y no hay uno sólo de los inmortales que no enmudezca cuando es María la que presenta sus alabanzas á la Majestad. Hay muchos millones

en el cielo, que destinó el Padre, ó que así lo obtavieron por sus ruegos, á servir siempre á esa criatura, verdadera reina; y jamás quieren dejarla, por el amor que la profesan, y ¡cosa admirable! son esos millones de los que más aman al tremendo Jehováh.

Mas el Hijo de esa doncella reina, que es el mismo eterno fulgor del Altísimo, y que no es dable sino velados los ojos ver sin morir en el cielo de los cielos, puede sí contemplarse en el trono diamantino donde se muestra hecho hombre, y por la grandeza de su gloria que es la misma del Padre, se comprende cómo todas las cosas se han hecho para el Verbo. Es admirable el espectáculo que se presenta en las alturas, cuando el Angel del eterno consejo, dejando el cielo de los cielos, emprende hácia el Trono su marcha solemne; y las muchedumbres por muy léjos que se hallen, vislumbran sus fulgores y al punto abandonan los abismos vagos, que entónces quedan despoblados enteramente: ni uno solo de tantos millones deja de acudir á presenciar ese triunfo. Jesucristo sale como un rey de la mansion del Santo de los Santos y de aquel Oceano candente cuya vista mataria, y es tanta la multitud de los que le aclaman y le siguen, y tantas las guirnaldas y flores recientemente cortadas de los bosques y valles de la campiña celestial, para ofrecer presentes al Hijo de Dios, que aquella muchedumbre parece una selva florida agitada por los vientos primaverales. Idea de esto apenas puede darnos